

1

LA HUIDA

Cuatro ruedas giraban sobre el asfalto, rodeadas de una oscuridad quebrada tan solo por los faros de la furgoneta de un servicio técnico oficial, con logotipos de conocidas marcas en los laterales.

La lluvia golpeaba sobre las lunas tintadas, revelando la presencia de un manto de nubes imperceptible desde la parte trasera del vehículo, mientras un cantante de reguetón rimaba «destornillador» con «amor» y «comedor» a todo volumen.

Oana se había puesto muy nerviosa al salir de la pequeña casa blanca, tanto como para insultar a los encargados del traslado e intentar huir a cualquier coste. No parecía querer irse de allí, pero Irisha no entendía bien por qué. Llevaba más tiempo trabajando en las *webcams* y debía de saber alguna cosa que ella ignoraba en aquel momento; aunque se suponía que una vez reunieran parte del dinero, iban a un sitio más adecuado en el que podrían ganar el resto.

Irisha empezaba a comprender que a lo mejor debería haberla ayudado. La mujer de piel tostada y ojos azules, sujeta por el cinturón de seguridad de un asiento mal fijado, no se había despertado en todo el trayecto y su cabeza se balanceaba de forma constante.

La rubia de piel lechosa sabía perfectamente que le habían inyectado algo a Oana, argumentando que solo era para tranquilizarla, pero quizá aquellas palabras estaban envenenadas y formaban parte de un engaño más. Se levantó de su plaza, reutilizada de otro transporte, y se acercó hasta ella, hablándole muy bajito al oído para no llamar la atención.

—Oana, ¿estás bien?

Su compañera de vivienda y directos pagados no respondió. Aun conociéndola desde hacía apenas tres meses, la unión forjada era fuerte. Con independencia del reducido espacio, habían realizado actos que nunca pensó que llevaría a cabo con otra persona de su mismo género, contentando a gente con nombres falsos que aportaban muchos *tokens*, de valor desconocido para ella, con tal de ver satisfechos sus deseos.

Semejante palidez en alguien de etnia gitana, unida a la falta de signos propios de la respiración, no le dio ninguna buena espina. Antes de abandonar su país, había asistido a casi dos cursos de enfermería, antes de que los problemas económicos la obligasen a tomar decisiones que *a posteriori* creyó poco acertadas. Le puso los dedos bajo la mandíbula, temiendo un exceso de dosis.

Oana estaba muerta.

Pulsó el botón que la liberaba y bajó el cuerpo al suelo, procediendo a la reanimación con manos y boca. No consiguió nada. Dudaba que gritarles a los conductores fuese un método para obtener ayuda, ya que posiblemente no les importase su supervivencia. El miedo a lo que pudiesen hacerle para lograr silencio por su parte primó sobre la ínfima posibilidad de recuperarla. Volvió a intentarlo, pero sus actos no tenían ningún efecto.

Los nervios se apoderaron de Irisha, provocando un inicio de histeria nada aconsejable. Ellos la habían matado y no era tan ingenua como para pensar que dejarían una testigo. Incluso tratándose de un accidente, era consciente de la ilegalidad

acostumbrada por aquellos que, de forma obvia, pertenecían a una organización criminal. Por otro lado, el rechazo de la difunta hacia su destino parecía implicar un matiz negativo superior al esperado.

Abrió una de las puertas posteriores de la furgoneta, intentando hacer el menor ruido posible. El viento y la inercia la echaron hacia atrás, provocando un sonoro golpe que fue solapado por la música existente en la zona delantera. Las gotas que escupía el cielo la tocaron, transmitiéndole la baja temperatura que las caracterizaba.

La rugosa superficie de aquel tramo de carretera desaparecía a gran velocidad, siendo sustituida por otra casi idéntica. Quería saltar, pero no se atrevía a ejecutar la idea por temor a las heridas provocadas en la caída. Imaginó la blanca epidermis desgarrándose a causa del roce y sus finos huesos rotos invalidándola para el único fin que parecían buscar aquellos hombres. No podía tirarse sin consecuencias directas.

Entonces, pensando en cerrar, sintió una reducción brusca en la conducción y un giro, que la arrastraron primero hacia delante y luego a la izquierda, casi tropezando con los restos de Oana. La puerta pegó dos sonoros bandazos y todas las superficies empezaron a traquetear.

Avanzó de nuevo hasta la última posición voluntaria y descubrió que recorrían un camino de tierra con hierba alta y matojos a los lados. Como mucho, irían a un tercio de los kilómetros por hora que antes. Apoyó una mano, puso sus pies en el borde y se lanzó con bastante inclinación hacia el lado opuesto al que abría la bisagra.

Chilló por el dolor, rodando por una vegetación que ocultaba rocas de cierto tamaño. Al levantarse, con dificultades, escuchó un frenazo y voces de disconformidad. Salió zumbando por un campo de manzanos, ignorando el malestar propio de un esguin-

ce. Cojeó tan rápido como pudo hasta que escuchó a Alexéi, si es que ese era su nombre en realidad, llamándola entre jadeos. Quinientos metros más allá, una luz roja indicaba la presencia de algo denominado «El Palacete». Miró atrás y vio a contraluz la robusta silueta masculina corriendo entre los árboles.

Al fondo, Dragos berreó enfadado: «¡La rumana está muerta!». Irisha, sabedora de la imposibilidad de ganar una carrera en ese estado, buscó cobijo detrás de un tronco, cuyo crecimiento irregular junto a un desnivel le dotaba de mayor grosor.

—¡No te escondas! ¡No hay problema si saldas tu deuda! —gritó el más cercano, mientras sacaba algo del bolsillo de su chaqueta.

Por supuesto, la mujer de origen ruso no respondió. La noche no era tan fría como para helarle el cerebro, aunque estuviese completamente empapada. Apretó los dientes y guardó silencio hasta que un cercano «¡te he visto!» le hizo pegar un brinco y correr bajo la lluvia, aprovechando las múltiples sombras que la rodeaban. La reacción no se hizo esperar.

—¡Hija de puta! ¡Ven aquí, zorra de mierda!

La estaba alcanzando y no podía suceder nada bueno si lo conseguía. Agarró una piedra del suelo y la lanzó con todas sus fuerzas hacia él, fallando por poco. Repitió la operación sin apartar la vista del que la seguía, siendo su arma un fruto caído en aquella ocasión. Creyó que el impacto le daría la ventaja suficiente, aprovechando para correr de nuevo y ganar distancia en la fuga, pero el mayor efecto fue el enfado de Alexéi, que tiró al suelo lo que portaba, maldiciendo, y procedió a sacar algo de su cinturón, encima de la entepierna.

—¡Para o te mato, imbécil! Lo de tu amiga ha sido un accidente, ¡esto todavía tiene remedio!

La finca terminaba a escasos diez metros, dando paso a la verja de alambre perteneciente a una huerta. Creyó que, valiéndose de

los rombos que la formaban, podría trepar por la separación para cubrirse después con los laterales de la visible acequia y largarse de allí antes de que la atrapase el fornido matón.

Un disparo amortiguado partió la noche, seguido por otro que le hizo el escaso eco oportuno. Irisha se desplomó de cabeza contra la tierra húmeda, sintiendo dolor en la nariz y en la espalda. Entre los chapoteos producidos por cada diminuta esfera líquida, vislumbró un agujero en la parte inferior de la estructura metálica y, arrastrándose, halló un atisbo de esperanza frente a las ya claras intenciones del enemigo. Casi a un metro de la salvación, sin detenerse a pesar de ser consciente de la cercanía del hombre de pelo claro, una rodilla se clavó justo donde había una bala sumergida. Ella se retorció, pero él supo dónde colocar la otra pierna. El chillido fue acallado por aquella ancha mano que forzó su cabeza hacia atrás.

—¡Me has hecho perder la navaja, inútil! —le reprochó él, mientras afianzaba su grueso brazo alrededor del cuello, antes de apretar con una rabia desmedida hasta que los ojos de Irisha se apagaron.

2

SALIR A CORRER

Diminutas perlas transparentes descendían por el rostro de Verónica, procedentes de una acumulación considerable en la frente de la joven, tambaleándose a causa de los firmes pasos sobre un suelo húmedo que reflejaba el brillo de las farolas. La oscuridad imperaba en un cielo poco compasivo con los que deambulaban bajo él.

La muchacha esquivó otro charco demasiado grande para saltarlo sin perder el ritmo y ya llevaba unos cuantos. Al decidir correr entre semana, se propuso hacerlo a pesar de cualquier circunstancia, creyendo que, de modo distinto, siempre encontraría una excusa para evitarlo.

Mientras esperaba a cruzar el paso de cebra que la conduciría hasta la acera deseada, en movimiento constante aunque sin avanzar ni un paso, la canción redujo su volumen varias veces para que se oyese los pitidos del WhatsApp. Miró de pasada la pantalla, comprobando quién era, y se dijo a sí misma que podía esperar hasta que terminase el recorrido. Sin embargo, apenas quince segundos después, cuando llegó a Madre de Dios y le cayó una gruesa gota de agua desde el letrero del primer bar que había, comenzó a sonar el tono de llamada, correspondiente a una serie televisiva pasada de moda pocos meses atrás. Dudó si

responder o no, pero que superase el nivel de una mera cadena de mensajes le hizo pensar que sería relevante. Se detuvo, tomó dos bocanadas de aire y pulsó el botón virtual del teléfono.

—Sí, Marga, dime.

—Me ha dejado —soltó sin preámbulos, con la voz entrecortada.

—Es amigo de mi ex, ¿qué te esperabas? Solo son unos musculitos descerebrados.

—No decías eso cuando te pasabas todo el día con Jaime —replicó.

—Vale, vale... Perdona, llevas razón. Me has pillado a mitad de recorrido y debo haber pensado esa frase con los pies. Lo siento mucho. ¿Qué ha pasado?

Empezó a llover de nuevo y Verónica se resguardó bajo un balcón cercano, en un entrante conquistado por un montón de hojas marrones desplazadas por el viento.

—Se ha puesto en plan «estoy enamorándome de otra y no quiero hacerte daño o terminar odiándonos», lo que no me creo ni de coña. Encima iba de bueno y conciliador...

—Seguro que se la está tirando cada vez que no miras.

—*Élnoesasí* —dijo, juntando las palabras, antes de emitir un sollozo—, y creo que en el fondo sigue colado por mí. Algunos sentimientos son difíciles de ocultar después de tanto tiempo.

—Estás un poco ciega. No tengo claro que nunca haya estado tan unido a ti como crees. ¿Has probado a echarle las cartas?

—Pasé de eso en el instituto, maja.

—Bueno, pues lo que sea que hagáis las wiccanas actuales.

—¿Te estás riendo de mí? ¡¿Justo ahora?!

—No, lo digo en serio. Tú crees en eso, a lo mejor sacas algo en claro.

—Mis talentos son otros, no me dedico a... Da igual, pensé que podía acudir a ti.

—¿Dónde estás? Voy a verte.

—Me he puesto ya el pijama.

—¿Y el concierto?

—No me apetece. El grupo lo eligió él y paso de encontrarme con sus colegas en la sala. Dudo que vaya mucha más gente un puto miércoles.

—Quédate ahí, llego en nada. Estoy cerca del Puente de Piedra, dame cuatro minutos.

—No te molestes en venir, no pienso abrirte la puerta.

—A lo mejor he sido una imbécil, permíteme arreglarlo.

—Solo quería oír una voz amiga.

—La tensión me lleva a ser un poco borde. No controlo esos temas y la he cagado. Sabes que estoy de tu parte.

—Vero, no tengo duda de ninguna de esas cosas. Yo tampoco... No te preocupes, mañana tomamos un café juntas.

—Puedes conseguir a quien te apetezca, Marga. ¡Que le den a ese capullo!

—Es algo más difícil que eso. Lo quiero.

—Vales mucho más que él, deberías ser consciente de ello.

—Ya...

—Mira, si aceptas en tu cuarto a una persona mojada y sudada, llevo un par de buenas cervezas para que me lo cuentes todo.

—Creo que prefiero descansar un rato. Tan solo... me apetece que lo supieses.

—Puedes contar conmigo en cualquier momento. No silenciaré el móvil esta noche. Aunque haya sido una bocazas, estoy dispuesta a lo que sea.

—Tranquila, lo sé. Tampoco has dicho una barbaridad. Al fin y al cabo, tengo colegas que se ocupan de ese tipo de menesteres. Por algún motivo, no deseaba hablar con nadie más que contigo.

—Si lo veo, le doy una patada en la espinilla de tu parte.

—No se trata de eso.

—Pues en los huevos, de la mía.

—Qué tonta eres... —dijo riéndose y llorando de forma intermitente.

—Venga, déjame ir a verte.

—Con que me reserves un hueco a las once, entre clases, me vale.

—Hecho, pero...

La música volvió a sonar, lo que indicaba que su amiga había cortado la comunicación. Aunque estuvo tentada de volver a llamar y decirle cuánto le importaba, o incluso aparecer en el portal del bloque, optó por respetar su criterio, en un principio.



Reanudó la marcha tras una breve espera, aprovechando que no caía agua. Aunque la humedad reforzaba la sensación de frío, y no tenía ganas de continuar, estaba convencida de que si lo dejaba un solo día tendría excusa para hacerlo muchos otros. Sentar precedente le pareció poco recomendable.

Siguió su recorrido habitual por el Parque del Ebro, tomando luego Urrutia hasta el final, pero a la vuelta varió el rumbo, metiéndose por el casco antiguo con intención de pasar por casa de su amiga, a pesar de lo claro que había dejado esta que no quería compañía. Pasado el aparcamiento de Barriocepo, vio un grupo de unos siete hombres que le resultó familiar y regresó por donde había venido. Efectivamente, Jaime y sus colegas, entre los que estaba el ex de Margarita, hacían tiempo afuera hasta que se abriesen las puertas del bar, decoradas con un colorido grafiti. No le apeteció verlos ni disimular su poco aprecio por ellos. Aparte de lo que pudiese afectarle el asunto de Margarita, Jaime se había portado como un cerdo desde que ya no salían juntos, y las repercusiones de los comentarios del resto eran parte de los

motivos por los que no iba ya al polideportivo universitario, muy cercano a donde vivía ella.

La paralela la llevó hasta la entrada de la recién abandonada, y se apoyó en el muro de piedra para respirar más pausadamente. No tenía claro qué hacía allí. Bueno, sí sabía cuál era su propósito para llegar al lugar, pero también cuán improbable era que llamase al timbre. Se quedó pensando. Salió hasta el centro del asfalto poco transitado y miró hacia arriba, con idea de ver si había luz en el dormitorio. Las desgastadas cortinas naranjas mostraban actividad interior y, agudizando el oído, pudo escuchar una melodía que reconoció como perteneciente a Love of Lesbian. ¿Era mejor intentar subir o largarse sin decir nada? No tenía mucho sentido planteárselo después de estar *in situ*, pero lo cierto era que le daba igual correr por un sitio u otro, así que el esfuerzo había sido idéntico al de seguir su trayecto habitual.

Al final, tecleó: «Estoy en el parque, haciendo *running*. ¿Puedo acercarme?». La escueta negativa no tardó en llegar. Vio una sombra en la ventana. La pelirroja la conocía demasiado bien como para no deducir que estaba abajo, así que se desplazó hasta donde la pared cubría su presencia por el ángulo de visión y la repisa. No quería que se enfadase con ella en serio. Escuchó un ruido y después la canción con mayor claridad, mientras comenzaba a chispear de nuevo. Aguardó hasta que oyó un golpe, previo al descenso de la persiana. En cuanto se alejó, volvió a coger velocidad, giró en Sagasta, bajó las escaleras al llegar al Puente de Hierro y retomó la dirección correcta.



Quizá los ojos le habían jugado una mala pasada, o lo había llevado algún amigo en el coche, pero Jaime estaba delante de su edificio, jugando con el llavero. Aun desconociendo qué pre-

tendía, pensaba hacerle esperar un buen rato. Siguió recta hasta la calle que había entre la universidad y el barrio, tomándola y metiéndose pocos metros después a la derecha en un pequeña zona ajardinada entre bloques. Estaba dividida en dos, por una caseta comercial cuyo letrero seguía anunciando la pasada existencia de la reducida oficina de una cristalería que conocía bastante bien, ya que los almacenes quemados se encontraban justo enfrente de su portal. En el lateral había un cartel de alguien que buscaba un labrador retriever perdido y Verónica se fijó en la fotografía por si acaso. Los vecinos utilizaban los árboles como aparcamiento de bicicletas, habiendo una o dos encadenadas en casi todos. Revisó Twitter, Facebook e Instagram sentada en un banco de madera con más años que ella.

Pasada media hora, incómoda y anhelando que se hubiese marchado ya, se movió con la determinación de subir, estuviese él o no, ducharse y volver a bajar para ir a la plaza. Por suerte, solo vio a un perro arrastrando con energía a la anciana que lo paseaba.

3

TERMINADA LA JORNADA

Antonio llevaba ya cinco vinos y dos platitos de migas con chorizo en el bar de Julio, desde el que solo se veía la reprografía que solía estar llena de universitarios durante el día. Ni siquiera había aparcado por allí para no levantar sospechas y llevaba tres copas y una tapa más de las previstas.

Lo último que necesitaba era la consabida charla acerca de que ir a beber en lugar de preparar la cena no tenía ni nombre. Diana había sido muy firme en ese sentido y no le faltaba razón al decir que no movía ni un dedo en la casa hasta hacía unos meses. El barbudo creía tener motivos de sobra, aunque no pudiese mencionarlos y tampoco fuesen a parecerle razonables a su mujer.

La llamada de turno hizo acto de presencia y él salió afuera para contestar a pesar de ser el único cliente del local.



Mae, Sami, Tigresa, Tigresita y Kirita ya estaban comiendo en el seto. Aquella noche había un par de visitantes domésticos, procedentes de la cercana puerta abierta de una simpática vecina que los dejaba salir a jugar con los callejeros. También se encontraban

a la vista varios chavales de botellón, al otro lado de la plaza, pero eran habituales del lugar, coincidían con ella a menudo y nunca habían molestado a los gatos, que supiera.

Acarició varias veces a los cuatro que lo permitían y furtivamente a la que no, dedicando algunos arrumacos a los caseros para no discriminar y porque le caían bien, a pesar de saber que les quitaban alimento a los más necesitados teniendo ellos cuanto quisieran en su hogar. Verónica entendía que compartir viandas era una forma de socializarse entre ellos.

Luego se alejó unos metros, mirándolos engullir con satisfacción. Rellenó un recipiente de plástico y lo puso entre los contenedores de reciclaje que había en la calle. No veía a Moni ni a Pachina, así que hizo ciertos ruidos con la boca para que acudiesen a la cena. No le gustaba llamar la atención allí, por evitar la multa que podían ponerle y una llamada a la perrera, no atraer a malintencionados y, algo menos probable, que no la viese su padre.

Quizá en lugares más naturales los felinos pudiesen sobrevivir por sí mismos, pero en terreno urbano las opciones eran muy limitadas y los escasos roedores solían estar envenenados o contaminados, así que los vomitaban al poco de la ingestión o morían por la toxicidad, si no los rechazaban directamente tras olerlos, una vez cazados. No obstante, y como excepción, alguna vez sí veía algún montón de plumas, probatorio de una ocasional captura certera.

La de color negro apareció, pero el anaranjado no. Se preguntó dónde estaría y, entendiendo que habría pienso y agua de sobra cuando llegase, volvió a casa con idea de cenar y ponerse en el ordenador.

Dado que el ascensor estaba averiado, en teoría hasta la siguiente semana, debido a la carencia de una pieza, fue inevitable cruzarse por las escaleras con un musculoso treintañero de piel

morena, cuya procedencia ya conocía. No se molestó en decir ni una palabra.

Sin llegar a meter la llave, escuchó a su madre pidiéndole explicaciones a Antonio respecto a la hora y la cena. Si bien estaba completamente de acuerdo en el asunto de la división de labores y lo oxidado del pensamiento antediluviano de su padre, además de no llevarse nada bien con él, le resultó digno de mención el hecho de haberse cruzado con el amante de Diana unos segundos antes. Echarle la bronca a alguien medio minuto después de engañarle con otro tenía matices que no acababa de comprender.

Saludó con rapidez al cruzar el pasillo, sin detenerse a revelar que sabía quién era el brasileño. Consideró mejor no sacar el tema, y menos para defender las posiciones del tirano machista y detractor de los gatos sin hogar al que llamaba papá.

—¡Vero, pon la mesa! —gritó Diana, saliendo de la cocina.

—Le toca a Raúl —respondió la hija, sin molestarse en alzar la voz.

—Solo tiene siete años.

—Reparto de tareas entre hermanos, ¿no?

—Vero... —dijo con retintín, asomándose al cuarto.

—Iré en cuanto me cambie de ropa.

—Eso está mejor.

Al dirigirse a la cocina, paró en el salón para ver cómo jugaba el pequeño a los coches con su amiga invisible, mientras sonaba un conocido canal de dibujos animados. Era adorable y no le importaba en absoluto que no se encargase del mantel y los cubiertos, solo lo había dicho para fastidiar a la solicitante.

Al final del pasillo, en la mesita de la entrada, vio unas gafas de sol. Estuvo a punto de dárselas a Diana, pero eso hubiese sido sumergirse en el problema. Dejarlas allí podía acarrear un resultado de consecuencias mayúsculas que Raúl no se merecía. Por otro lado, prefería cenar sin recriminaciones. Le parecieron

baratas y carentes de estilo, antes de caer por la ventanita abatible del baño.



Cuando Antonio entró por la puerta, dejando una bolsa de deporte negra bajo el mueble del recibidor, le inundó el olor a patatas y huevos fritos en un aceite reutilizado demasiadas veces. Apareció en la cocina con una sonrisa e intentó aparentar que no había motivo para discutir.

Diana lo miró con mala cara sin decir nada más que «hola» y Verónica tomó la palabra para que el protagonismo se centrara en ella en lugar de en otros asuntos, comentando la próxima excursión cultural al Monasterio de la Luz. Aquello dio pie a los recurrentes argumentos de que Turismo no era una carrera del gusto paterno y los sueldos laborales solían ser ínfimos. No es que le emocionara la temática, pero era menos conflictiva que el olor a chicle de menta mezclado con vino o a perfume ajeno de hombre en el pasillo.



Asolada por una pesadilla recurrente, que no terminaba de explicarse del todo, la estudiante pegó un bote desde la cama hasta el suelo, arrastrando el edredón con ella. Bebió un sorbo de agua del vaso que siempre tenía en la mesilla, escuchando algunos ruidos que no estaba segura de reconocer. A pesar de la intriga que la embargaba, fue al baño antes de nada. Casi siempre se levantaba con unas ganas incontenibles de orinar.

Después salió al pasillo, siguiendo el murmullo hasta la lavadora, encendida a pesar de la hora. Algo metálico tintineaba en su interior. Entendió que serían las ropas de trabajo de Antonio y

volvió a la habitación, haciendo una pequeña parada en el cuarto de Raúl para comprobar si estaba bien. Se lo encontró sentado en el suelo, hablando en voz baja acerca de un chaval del cole que se metía con él.

—¿Y cómo se llama? —preguntó la hermana mayor.

El niño se sobresaltó, no esperaba que nadie interviniese en la conversación nocturna.

—Da igual.

—Podría decirle algo a tu profe.

—No... no pasa nada.

Verónica se acercó un par de metros, se agachó y lo miró con dulzura.

—Soy tu hermana mayor, puedes confiar en mí.

—Es que... ha sido una tontería. No importa.

—Mmmm, si se repite, dímelo a mí en lugar de a tu amiga.

—Bien.

—¿Lo prometes?

—Vaaale —respondió con expresión poco conforme.

—Métete en la cama, anda.

—No tengo sueño.

—Hazme caso, o mañana sí lo tendrás. ¿Quieres una taza de colacao?

—No.

Raúl se introdujo entre las sábanas de Spiderman. Verónica se empeñó en arrojárselo, a pesar de las protestas respecto a que ya era mayor para eso. Él miraba hacia la esquina tapada en parte por la puerta. Aunque pretendía darle un beso en la frente, abortó la operación al escuchar quejas por acciones de menor alcance.



Debía tumbarse de nuevo, ya que dormir de pie podía resultar una ardua tarea, pero no tenía ninguna gana. Aun estando cansada, el mal sueño la había alterado y temía que se apoderase de la noche una vez más. Levantó un poco las persianas, como solo ella sabía hacerlo para evitar que chirriasen.

La fachada de enfrente no mostraba actividad. Bajó la vista hasta donde la farola iluminaba el bajo ennegrecido. Había pasado más de un año desde el incendio, pero las marcas de humo y fuego llegaban hasta el segundo piso de una franja vertical color hueso inmersa entre otras de ladrillos rojos. Un escalofrío la recorrió antes de volver a acostarse, sin bajar las persianas para no quedarse a oscuras.